

Temporalizar la historia. Sobre la *Historik* de Reinhart Koselleck *

SANDRO CHIGNOLA

Università di Padova

RESUMEN. La *Historik* de Reinhart Koselleck representa un importante intento filosófico —llevado a cabo siguiendo la estela de la hermenéutica clásica alemana— de formalizar las categorías trascendentales de la experiencia histórica del tiempo. El ensayo pone a prueba la hipótesis de Koselleck y pretende demostrar cómo éste, refiriéndose a Kant y de manera análoga a Foucault, extrae circularmente los criterios formales para su *Historik* a partir de la experiencia de aceleración y temporalización de la historia que caracteriza a la modernidad como época.

Palabras clave: Koselleck, *Historik*, temporalización, Kant, Foucault, historia conceptual, historicidad.

ABSTRACT. Reinhart Koselleck's *Historik*, following german classic hermeneutics, represents an important philosophical attempt in formalizing the transcendent categories for historical experience of time. The article focuses on Koselleck's attempt and try to demonstrate that, referring to Kant's philosophy of history and as Michel Foucault did, Koselleck assumes, in a circular way, the formal criteria for his *Historik* from the experience of temporalization and acceleration of history which mark modernity as an epoch.

Key words: Koselleck, *Historik*, temporalization, Kant, Foucault, conceptual history, historicity.

Discutir de teoría y práctica de la historia conceptual significa, según creo, considerar central el nexo entre una historización radical de las categorías y los conceptos que nos permiten pensar la política (y que además nos condicionan al pensarla, al imaginarla, si adoptamos, como creo que es decisivo hacer, una perspectiva crítica y de *desconstrucción* en relación con las fórmulas políticas del Estado moderno y del derecho burgués que esas categorías y esos conceptos han conducido a la realidad, por decirlo así) y la historización igualmente radical que hay que llevar a cabo, por reflejo, en las mismas formas de representación de la práctica concreta de trabajo de la historiografía. También en la del pensamiento político y de la historia de la filosofía política, obviamente. Este pasaje de historización radical hay que llevarlo a cabo, y ésta es la cuestión, también *contra* la propuesta metodológica de Koselleck para que podamos avanzar *más allá* de Koselleck ¹.

* Traducción castellana de Jorge Navarro Pérez.

¹ Asumo, aunque sé que después Koselleck revisó y superó esta posición, el modelo desa-

Esquemáticamente: hay un presupuesto que Koselleck nunca discute a fondo en el marco de sus investigaciones. Un concepto de historia tomado del sistema de categorías de la ciencia moderna de la historia que le permita trazar procesos de transformación lineal del léxico político y subsumir en ellos todo lo que —en realidad— les es completamente ajeno: todo el modo clásico y antiguo de pensar lo *común*, en relación con el cual la historia no ejerce el papel de formalización que asumirá mucho más adelante, en primer lugar.

De este límite interno de la propuesta de Koselleck ya he hablado en otro lugar ². Lo que pretendo hacer en esta ocasión es hablar de la *Historik* de Koselleck, que es la teoría general de la historia y de la temporalización de la experiencia humana con la que Koselleck creyó completar su proyecto teórico.

También en este caso (ésta es la tesis que voy a argumentar a continuación) Koselleck propone una fundamentación cuasi-antropológica de la experiencia del tiempo que en mi opinión hay que reconducir, por cuanto respecta a sus líneas fundamentales, a la experiencia de *aceleración* del tiempo, a la *Schwellenzeit* que marca la edad de las Revoluciones. Comprender esto significa establecer un umbral mucho más avanzado para la crítica del efecto de verdad determinado por las categorías y los conceptos políticos modernos.

Hacer la «historia de los conceptos» —es decir, llevar a cabo una *práctica* de investigación que esté a la altura de las exigencias *teóricas* de la *Begriffsgeschichte*— no significa sólo atribuir a los conceptos el significado que han adoptado irreduciblemente en los diversos contextos, sino (mucho más radicalmente) oponerse a la hegemonía silenciosa que el cuadro categorial de la ciencia política moderna (del que forma parte la noción de ciencia de la historia) ejerce sobre *todo* el pensamiento en cuanto postula una historia lineal y constriñe al pensamiento antiguo (en el eje vertical, diacrónico) o al pensamiento de otras culturas (en el eje longitudinal, sincrónico) en la serie de las premisas, de los precedentes o de los «retrasos» y de los «todavía no» que los conceptos del liberalismo occidental y del Estado nacional moderno se supone que han realizado o redimido finalmente.

De-terminar el significado de los conceptos políticos modernos significa perimetrar el espacio de vigencia de los conceptos políticos fundamentales de la modernidad política. Por lo demás, *terminus* es en latín la piedra confinante. *De-terminar* el modo moderno de entender la política significa reconducir sus formas a las vicisitudes constitucionales del Estado moderno y liberar así

rollado en R. Koselleck, «Richtlinien für das Lexikon politisch-sozialer Begriffe der Neuzeit», en: *Archiv für Begriffsgeschichte*, 1967. Véase también: Id., «Sozialgeschichte und Begriffsgeschichte», ahora en R. Koselleck, *Begriffsgeschichten*, Fráncfort, Suhrkamp, 2006, pp. 9-31.

² S. Chignola, «Sobre el concepto de historia», en *Ayer*, 53, 1/2004, pp. 75-95; Id., «Concetti e storia (sul concetto di storia)», en S. Chignola y G. Duso (eds.), *Sui concetti politici e giuridici della costituzione dell'Europa*, Milán, Angeli, 2005, pp. 195-223.

a la imaginación de la coacción a repetir y del fantasma de la soberanía. Significa reconocer la época de los conceptos modernos como la época del Estado. Y, en una fase en la que el Estado parece perder centralidad a favor de otras instancias de organización, reconocer a estas últimas como claves de una época ya próxima al ocaso.

1. Koselleck decía que se consideraba un historiador general. No le gustaban las especialidades ni los estudios sectoriales. Era un hombre de otros tiempos. Su investigación se movió en unos círculos cada vez más amplios. Hasta llegar a proponer (recuperando para designarla un término en desuso, *Historik*) una teoría de la historicidad capaz de ascender desde el detalle, desde la concatenación de los hechos en una historia narrable, a las condiciones de posibilidad de la propia experiencia humana de la historicidad.

La palabra *Historik* está elegida con cuidado. Tanto en su versión griega (*historiké*) como en su versión latina (*historice*), que sirven de matriz al término alemán, alude tanto al *ars historica* como a la teoría de la historia y a la historia entendida como historiografía o como ciencia histórica. En los siglos XVI y XVII el término *Historik* fue empleado en unas obras que fundan una especie de género literario que discute sobre la historiografía, sus estilos y su utilidad, en relación con la poética y la retórica, unas disciplinas que para los antiguos tienen mucho que ver con la historia.

En 1572 el *Thesaurus Graecae linguae* de Stephanus define *historiké* como «*historialis scientia, enarrandorum actorum scientia et facultas*». En 1623 se publica una *Ars historica sive de historiae et historices natura historiaeque scribendae praeceptis commentatio* de Vossius. En 1709 Hederich distingue *Historie* e *Historica*. El segundo término lo emplea para indicar cómo se debería escribir, leer y enseñar la primera³. Esta noción teórica general se va consolidando progresivamente en los siglos XVIII y XIX.

A mediados del siglo XIX Johann Gustav Droysen define *Historik* como el programa de una «doctrina de la ciencia de la historia» (*Wissenschaftslehre der Geschichte*). Una doctrina que asume la cualidad específicamente histórica de la temporalidad en la acción del hombre y en el sistema de premisas antropológicas que la hacen posible. El tiempo y la historia no son lo mismo para la *Historik* de Droysen. Son el modo en que el tiempo es experimentado por el hombre y la actuación humana gracias a cómo ésta se separa del sistema de precondiciones que sirven de premisa y fondo al desarrollo de los hechos que determinan la escisión entre naturaleza e historia⁴.

La historia no coincide con la suma de los acontecimientos. No es el puro discurrir del tiempo. La historia es el saber (*Wissen*) que salva lo que ha sucedido. Y que ha sucedido sólo porque el recuerdo lo detiene mientras se escu-

³ H.-W. Hedinger, «Historik, ars historica», en J. Ritter (ed.), *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, Basilea y Stuttgart, Schwabe, 1974, vol. III, pp. 1131-1137.

⁴ J. G. Droysen, *Historik*, ed. P. Leyh, Stuttgart, frommann-holzboog, 1977, *Die Vorlesungen von 1857; Einleitung*, cap. II, § 3, *Die Gliederung der Historik*.

re hacia la nada ⁵. La historia y el acontecimiento son lo que separa al tiempo del mero decurso de la duración pura. En ellos se recoge el hecho de una experiencia.

La posición de Droysen es clásica. Y no sólo porque recupera la plurivocidad de la noción griega de *historein* como síntesis de experimentar e investigar, es decir, la noción de un ver que es también un transmitir y un investigar ⁶. La posición de Droysen también es clásica porque asume, y en términos fundamentales, la separación entre naturaleza e historia que los griegos acogen en la diferencia entre *zoé* y *bios*. Todo lo que es natural posee para los griegos una especie de inmortalidad. Estando presentes desde siempre, las cosas de la naturaleza (y por tanto también los hombres, si los entendemos como parte de la naturaleza, no como individuos, sino como pertenecientes a la especie humana) no necesitan ser sustraídas al olvido. Esta necesidad es específica del hombre. El hombre es el único ser mortal porque es el único ser vivo que existe como individuo.

La vida individual (*bios*), el trayecto identificable de una existencia que se experimenta a sí misma en la irreductibilidad de un recorrido singular suspendido entre una vida y una muerte, brota de la vida biológica (*zoé*) y se cruza con los ciclos y las recurrencias de esta última, precipitándose hacia un final que es redimible sólo en forma de recuerdo. Al principio de la historia occidental, en el pensamiento histórico griego, la distinción entre hombres mortales y naturaleza inmortal, entre cosas hechas por el hombre y cosas que nacen espontáneamente, era el presupuesto tácito de la historiografía. Todo lo que existe gracias al hombre (obras, hechos, palabras) les parecía a los griegos preceder, escribe Hannah Arendt, como si estuviera contagiado de la mortalidad de su autor. Y sólo la memoria, *Mnemosyne*, la madre de las Musas, permite salvar al hombre y a su historia de la nada del olvido ⁷.

Para Droysen, el objeto de la historia (entendida como experiencia y como forma de representación) es lo que se determina en la diferencia entre transcurrir y devenir, la dialéctica de *werden* y *vergehen* de la que escribe

⁵ *Ibid.*, *Grundriss der Historik. Die erste vollständige handschriftliche Fassung (1857 oder 1858)*, § 1: «Die Geschichte ist nicht die Summe der Geschehnisse, nicht aller Verlauf aller Dinge, sondern ein Wissen von dem Geschehenen. Ohne dies Wissen würde das Geschehene sein, als wäre es nicht geschehen; es würde vergangen sein. Nur er-innert, soweit und wie es der wissende Geist hat, ist es unvergangen».

⁶ Tal vez convenga recordar que el término *historia* procede de *histor*, una forma participial, luego sustantivada, de los verbos *eidon* y *oida*, procedentes a su vez de la raíz **wid*. Estos verbos significan «he visto» y, por tanto, «sé». A. Walde, *Vergleichendes Wörterbuch der indogermanischen Sprachen*, Berlín y Leipzig, Gruyter, 1930, pp. 236-239; E. Boisacq, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*, Heidelberg y París, Winter y Klincksieck, 1938; H. Frisk, *Griechisches etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg, Winter, 1954-1959.

⁷ H. Arendt, *Between Past and Future: Six Exercises in Political Thought*, Nueva York, Viking Press, 1961.

Hölderlin⁸. Cada punto del presente es un punto devenido (*ein gewordener*), dice Droysen⁹. Es un punto devenido porque lleva la huella de la acción mediante la cual el hombre elabora la naturaleza y hace de ella un mundo. Por esta razón, para Droysen la historia no es, pese a las apariencias, asunto del pasado. El mero traspasar es la forma con que la representación asigna una figura temporal al inmóvil ciclo de la naturaleza. Es el presupuesto y la condición de la actuación del hombre, pero no coincide con la cesura temporalizadora que él impone. La historia existe sólo donde el hombre irrumpen en la naturaleza colonizando el tiempo y asignándole una cualidad específica. La naturaleza no tiene memoria¹⁰. En cambio, el hombre tiene memoria en la medida en que, con el recuerdo, retiene algo que iba a desvanecerse en la nada y le impide así pasar.

Así pues, *historein* significa retener. No asumir como objeto el pasado, sino salvar el devenir como actualidad de la acción. Una acción pasada, ciertamente, pero que al ser recordada y arrebatada al olvido no ha desaparecido del todo, ahora y para siempre: «*Das Gegebene für die historische Erfahrung und Forschung ist nicht die Vergangenheit, sondern das von den Vergangenenheiten in dem Jetzt und Hier noch Unvergangene*» [«Lo dado para la experiencia y la investigación históricas no es el pasado, sino lo que de los pasados no ha pasado todavía en el aquí y ahora»], escribe Droysen¹¹. El tiempo de la naturaleza y el tiempo de la historia son cualitativamente diferentes en el ahora del presente. Son dimensiones de la temporalidad que se entrelazan en el sujeto finito de la acción. Éste, el hombre, sólo tiene el aquí y ahora. Y sin embargo este *Hier und Jetzt* es condensado, amplificado y modulado por la *posibilidad* de la historia como experiencia de un presente que es arrancado del siempre así de la naturaleza y como profundidad de una relación con dimensiones de la temporalidad que resquebrajan la duración hacia atrás y hacia delante¹². Sólo el hombre tiene una existencia histórica, pues su presente es finito y se puede colocar entre un pasado y un futuro.

De aquí se desprende, en fin, qué es la *Historik*: ni una enciclopedia de las ciencias históricas, ni una filosofía o teología de la historia, ni una estilística o «poética» de la narración histórica¹³. La *Historik* es el órgano (*organon*) de la historia: la teoría en la que se compendia el sistema de coordenadas de la *posibilidad* de la historia, el conocimiento de lo humano como espacio

⁸ Hölderlin, *Das Werden im Vergehen*: «El devenir en el perecer», en *Ensayos*, trad. F. Martínez Marzoa, Madrid, Hiperión, 1976, pp. 105-111.

⁹ J. G. Droysen, *op. cit.*, § 4: «*Jeder Punkt in der Gegenwart ist ein gewordener*».

¹⁰ *Ibid.*, § 5: «*Die Natur hat kein Erinnern*».

¹¹ *Ibid.*, § 3.

¹² *Ibid.*, § 4: «*Der endliche Geist hat nur das Hier und Jetzt; aber seine Gegenwart umleuchtet er sich mit einer Welt von Erinnerungen*» [«El espíritu finito sólo tiene el aquí y ahora; pero ilumina su presente con un mundo de recuerdos»].

¹³ *Ibid.*, § 12.

de mediación de múltiples niveles, pliegues y estratificaciones mediante los cuales lo humano se cumple desde siempre como algo devenido, la analítica de la finitud y de cómo adquiere, en la interiorización de su historia como recuerdo (*Er-innerung*) y en la diferencia producida respecto de un origen que va retrocediendo progresivamente, un horizonte móvil y marcado por una forma específica de temporalidad¹⁴. Un umbral, este último, que para Droysen se alcanza sólo con Humboldt, en el siglo XVIII: cuando se elabora una dimensión universal de la historicidad a partir de un concepto reflexivo de historia obtenido como trascendental de las diversas historias posibles: «*über den Geschichten ist die Geschichte*» [«por encima y más allá de las historias está la historia»], escribe Droysen¹⁵.

2. Cuando Koselleck habla de la historia *tout court*, de la historia como colectivo singular que está por encima de las historias individuales y como superación efectiva de su pluralidad, se encuentra con la misma ruptura. Una historia del concepto de historia ha de confrontarse necesariamente con la *época específica* en que todo el campo de experiencia de lo humano es historizado y todo el sistema de los saberes es trastornado por la procesualización. La fórmula tradicional *historia magistra vitae* pierde su sentido cuando el espacio de la acción es sustraído al esquema de la repetición y el futuro se abre como horizonte a conquistar. La historia está por encima y más allá de las historias individuales porque todo el campo de la experiencia es temporalizado¹⁶.

Este paso representa para Koselleck un paso de época que nos devuelve a la cesura del siglo XVIII¹⁷. Por una parte, la analítica del tiempo de Kant, la desnaturalización definitiva de la noción misma de tiempo, que obliga a re-transcribir la cronología a partir de la historia, a repensarla dentro de ella. Por otra parte, el hundimiento de la temporalidad política propia de la tradición estamental y del Antiguo Régimen como consecuencia de la Revolución Francesa.

Kant, por tanto. En un pasaje del apéndice del § 39 de la *Antropología en sentido pragmático* (parte I, libro 1), un texto que Koselleck cita muchas veces, Kant explica que por «un extraño juego de la imaginación» el hombre tiende a confundir los signos con las cosas y acaba atribuyendo a aquéllos

¹⁴ *Ibid.*, § 15: «*Das historische Forschen setzt die Einsicht voraus, dass auch der Inhalt unseres Ich ein vielfach vermittelter, ein geschichtliches Resultat ist*» [«La investigación histórica presupone el conocimiento de que también el contenido de nuestro yo tiene muchas mediaciones y es un resultado histórico»].

¹⁵ *Ibid.*, § 66.

¹⁶ R. Koselleck, «Geschichte V (Die Herausbildung des modernen Geschichtsbegriffs)», en O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1975, vol. II, pp. 647-691.

¹⁷ R. Koselleck, «Wie neu ist die Neuzeit?», en *Zeitschichten. Studien zur Historik*, Fráncfort, Suhrkamp, 2000, pp. 225-245.

«una realidad interior», como si las cosas «debieran regularse de acuerdo con sus signos». El objeto del ataque de Kant, en este caso, son los conceptos métricos de la cronología; el uso subrepticio de la sensibilidad en un campo, el de la historia, que está mucho más expuesto que otros al riesgo de suponer la existencia de una temporalidad natural, «como si la cronología no debiera adaptarse a la historia, sino la historia a la cronología»¹⁸.

Según Koselleck, Kant agota de este modo la fórmula clásica de la *historia naturalis*. Por una parte, infinitizando la noción de creación divina, denunciando que no se produjo en un instante y re-traduciéndola en un acto que no acaba nunca y que por esta razón guarda una relación estrecha con el tiempo¹⁹. Por otra parte, reconduciendo a una facultad específica de designación (*facultas signatrix*) la capacidad de establecer la conexión entre presente, pasado y futuro, desconstruyendo así el vínculo entre construcciones simbólicas intuitivas y objetos históricos todavía operativo en los esquemas teológicos de las historias universales y abriendo el camino a una reflexión sobre la metodología de la formación de los conceptos de tiempo de la historia (conceptos como «época», «período», «edad»)²⁰. La facultad de designar es para Kant la facultad de conocer el presente como medio para enlazar la representación de lo que se prevé con la representación del pasado²¹. El grado máximo de conexión entre los tiempos (casi una concentración de las tres dimensiones en un solo lapso de tiempo) es denominado por Kant «caracterización» (*Auszeichnung*). Ésta extrae del fluir de los tiempos un presente y lo eleva a origen de ulteriores designaciones. En ese presente se contraen el inicio de un futuro y el efecto de un pasado. *Signatio* es el acto espiritual que produce esa conexión.

Kant clasifica los signos en *arbitrarios, naturales y prodigiosos*. Los naturales, «según la relación que, por cuanto respecta al tiempo, el signo guarda con la cosa designada», se subdividen en signos *demostrativos, rememorativos y pronósticos*. El latido del pulso le indica al médico el estado del paciente. El humo indica el fuego. Las pirámides, signo rememorativo, fueron erigidas para transmitir a tiempos posteriores el poder de un gran rey del pasado. Los fósiles y los restos de antiguas erupciones determinan la posibilidad de una «arqueología de la naturaleza» que confirma la irreductibilidad del proceso de temporalización que sufre la naturaleza. Por último, los signos pronósticos son en opinión del propio Kant los más interesantes, «ya que en la serie

¹⁸ I. Kant, *Anthropologie in pragmatischer Hinsicht*, 1798, parte I, libro 1, § 39, apéndice.

¹⁹ I. Kant, *Allgemeine Naturgeschichte und Theorie des Himmels*, en *Vorkritische Schriften*, ed. W. Weischedel, Fráncfort, Suhrkamp, 1977, vol. I, p. 335.

²⁰ M. Riedel, «Il concetto storico, metafisico e trascendentale del tempo. Il rapporto tra storia e cronologia nel XVIII secolo», en R. Koselleck (ed.), *Gli inizi del mondo moderno*, Milán, Vita e Pensiero, 1997, pp. 397-419 (*Studien zum Beginn der modernen Welt*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1977).

²¹ I. Kant, *Anthropologie*, parte I, libro 1, § 38.

de los cambios el presente sólo es un momento y el fundamento de determinación de la facultad de desear toma en consideración lo presente sólo en vista de las consecuencias futuras (*ob futura consequentia*)»²².

A lo largo de esta línea, la idea de un sustrato natural de la historia (una temporalidad fijada en términos cronométricos a la sucesión y la recurrencia) se va agotando progresivamente. Sobre todo, la separación progresiva entre tiempo cosmológico y tiempo de la historia. Pero también la liberación de la misma temporalidad de la historia respecto de la temporalidad física y su construcción a partir de una idea de «experiencia» (individual y colectiva) ligada a un «nosotros» en el que la vida vivida de una generación es estabilizada desde siempre en términos histórico-temporales²³. La noción de época (una de las «espacializaciones» de la temporalidad que son necesarias debido a que el tiempo puro no se puede percibir) empieza a ser liberada como «punto de detención»²⁴ desde el que cartografiar y volver comprensible el movimiento de la historia sólo en una historiografía ilustrada que está haciendo el balance de la *Universalgeschichte* y que elabora en términos ético-políticos la absoluta novedad de su tiempo.

Con Kant, que en la estética trascendental de la *Crítica de la razón pura* asume el tiempo como condición *a priori* de todos los fenómenos, el tiempo se convierte en el esquema formal de intuición mediante el cual el entendimiento ordena los contenidos de sus percepciones. Esto tiene como consecuencia, apoyada por la discusión de las antinomias de la razón pura (y en especial de la idea cosmológica y de mundo) y por la confusión que en ellas se produce entre intuición y concepto como transposición que lleva a aceptar esa concepción del tiempo cosmológico-natural que Kant rechaza, la desautorización definitiva del esquema de las historias universales («en las que se olvidan tres cuartas partes de la Tierra», como ya había advertido Voltaire)²⁵ y la estabilización gracias al sistema de relaciones formales entre espacio, tiempo y categorías de la creación sintética de conceptos cronológicos capaces de «ordenar» la experiencia histórica. De aquí se deriva, en fin, el aspecto *práctico* de la historiografía. La crítica y la superación del discurso de la *Universalgeschichte* se produce también poniendo en relación el devenir histórico con la acción. El pasado sólo es un aspecto del tiempo histórico. Y sólo las ideas prácticas (la idea de libertad y de Estado de derecho) permiten entender el devenir del tiempo como fluir continuo y progresivo²⁶.

²² *Ibid.*, § 39.

²³ H. Blumenberg, *Lebenszeit und Weltzeit*, Fráncfort, Suhrkamp, 1986, pp. 240-242.

²⁴ Éste es el significado primero de *epoké*, derivado de *epekein*.

²⁵ Voltaire, «Histoire», en Diderot y D'Alembert, *Encyclopédie*, XVII (1799), p. 566.

²⁶ Sigo aquí las importantes consideraciones de M. Riedel, *op. cit.*, pp. 415-418; Id., «Geschichtstheologie, Geschichtsideologie, Geschichtsphilosophie», en *Philosophische Perspektiven*, V, 1973.

Como se sabe, y esto es el segundo punto que antes he puesto de manifiesto, Kant ve en la Revolución Francesa el acontecimiento capaz de conectar las ideas prácticas con la experiencia histórica. La participación moral, o con los hechos, de la opinión pública europea en la Revolución Francesa define las condiciones de posibilidad para establecer una relación entre teoría y práctica en la que la libertad aventaje definitivamente a la naturaleza y se puedan instaurar unas relaciones político-jurídicas coherentes con el formalismo de la razón como medida del progreso general de la humanidad²⁷. El progreso constante del género humano es posible porque el hombre tiene el deber de actuar en este sentido en la serie indefinida de las generaciones y en todo el ámbito de las relaciones sociales en la Tierra. Existe un «fundamento subjetivo» en el deseo de los hombres racionales que están promoviendo el progreso y lo que Kant llama la «historia del tiempo futuro». La breve anotación de la *Antropología* de que «el fundamento de determinación de la facultad de desear toma en consideración lo presente sólo en vista de las consecuencias futuras» encuentra a esta altura su verdad: la predisposición del sujeto racional, integrado en el colectivo singular de la opinión pública europea que se sincroniza con el acontecimiento de la Revolución, al conectar las ideas prácticas con la historia, la teoría con la práctica, hace de la idea de progreso una *necesidad* (y no una fantasía) que podemos conocer gracias a los signos que presentan el futuro casi contraído en ellos mismos²⁸. La libertad marca el inicio de un tiempo nuevo. De una historia que se libera del cosmos y de los cronotipos alegóricos y que produce por sí misma en los acontecimientos de un presente móvil sus secuencias de organización temporal y sus esquemas de formalización. Toda la historia, incluida la *historia naturalis*, queda así temporalizada²⁹.

3. En respuesta a la pregunta planteada por la revista *Berlinische Monatsschrift* en diciembre de 1784, Kant define la Ilustración en términos de pura diferencia, llamando por este motivo la atención de Michel Foucault. Definir qué es la Ilustración significa ir más allá de las figuras de la filosofía de la historia que han predominado hasta el momento —la Ilustración como una de las «edades» cósmicas del mundo (el modelo platónico o antiguo); como premonición de un acontecimiento futuro al que está confiada la verdad del presente (la hermenéutica de la salvación de San Agustín); como cumplimiento definitivo de la historia que la precede y como su verificación universal (Vico)— e inaugurar un razonamiento urgente sobre la actualidad³⁰.

²⁷ A. Tosel, *Kant révolutionnaire. Droit et politique*, París, PUF, 1988, pp. 23-25.

²⁸ I. Kant, *Worin besteht der Fortschritt zum Besseren im Menschengeschlechte?*, ed. G. Kullman, Wiesbaden, 1914: «el efecto de esas causas es *necesario*, y se puede predecir a partir de los síntomas presentes como historia futura del género humano».

²⁹ R. Koselleck, *Zeitschichten. Studien zu Historik*, Fráncfort, Suhrkamp, 2000, pp. 10-11.

³⁰ M. Foucault, *Qu'est-ce que les lumières?* (1984), ahora en *Dits et écrits II, 1976-1988*, ed. D. Defert y F. Ewald, París, Gallimard, 2001, pp. 1382-1383.

La Ilustración es para Kant la salida de un estado de minoría de edad que el hombre debe imputarse a sí mismo por no haber tenido el coraje de hacer un uso libre de su razón. No hay una instancia, y mucho menos un «contrato», que pueda constreñir al pasado mediante el presente y al presente mediante el futuro, limitando la convocatoria de ese tribunal público que sitúa al estudioso frente a la comunidad de los lectores y cuyo pronunciamiento sanciona la adquisición de un nuevo nivel general de circulación del conocimiento. Un siglo no puede poner a la generación siguiente en una situación que le impida «ampliar sus conocimientos, liberarse de los errores y sobre todo progresar en la Ilustración». «Eso sería un crimen contra la naturaleza humana, cuya destinación originaria consiste precisamente en este progreso», escribe Kant ³¹.

El hecho de que la naturaleza del hombre sea el progreso no significa sólo que su destinación ético-moral repercute sobre la definición antropológica del hombre, temporalizándola, sino que Kant entiende el mismo presente como el lugar de una actualidad del pensamiento que mantiene a la historia en un espacio de perfecta movilidad. A la pregunta de si su tiempo coincide con una edad ilustrada, Kant responde que no. Vivimos en una edad de Ilustración, escribe. Es decir, en una época que no prefigura un cumplimiento, que no define un punto de detención y que empero presenta «signos evidentes» de una apertura que la vuelve contemporánea a sí misma exactamente en tanto que está inmersa en un movimiento de transformación que el pensamiento le impone como tránsito constante más allá de sí. El presente ilustrado es un presente marcado por el signo de una emancipación que es una «apertura» y una «salida»: un tiempo nuevo que es diferente de todos los tiempos que lo han precedido porque está asignado a sí mismo por la acción legisladora del entendimiento y por su imposición de una cualidad histórica específica a su intransitable actualidad.

Para Foucault, que comenta este texto, es a esta altura donde se está formando, marcando un auténtico *point de départ*, la actitud moderna del pensamiento. El pensamiento pone la diferencia entre su tiempo y todos los tiempos que lo han precedido, se auto-asigna libremente su tiempo como una misión y una tarea y redetermina a este último como el espacio de una tensión entre lo que impulsa el progreso y lo que se le resiste o que trabaja contra él.

La intervención de Kant anuda tres hilos de reflexión diferentes (el relativo al significado de su obra en relación con la difusión del conocimiento, el relativo a la historia y el relativo al momento singular sobre el cual y para el cual Kant escribe) ³², haciendo emerger la cuestión del presente como el espa-

³¹ I. Kant, *Beantwortung der Frage: Was ist Aufklärung?* (1784), en *Werke*, ed. W. Weischedel, Fráncfort, Suhrkamp, 1977, vol. 11, pp. 51-61.

³² M. Foucault, *op. cit.*, p. 1387. He comentado ampliamente este texto en S. Chignola, «L'impossibile del sovrano. Governamentalità e liberalismo in Michel Foucault», en S. Chignola (ed.), *Governare la vita. Un seminario sui Corsi di Michel Foucault al Collège de France (1977-79)*, Verona, ombre corte, 2006, pp. 37-70.

cio al que pertenece la misma intervención del filósofo. De aquí en adelante, la tarea de la filosofía es problematizar su actualidad discursiva. Una actualidad que el pensamiento interroga como un acontecimiento que separa de la continuidad con el pasado (la continuidad implícita en la comparación entre antiguos y modernos, por ejemplo) para instaurar con él una relación de pura verticalidad. «Sagital», la define Foucault ³³.

¿Qué es mi actualidad? ¿Qué sentido tiene? ¿Qué estoy haciendo mientras hablo de ella? Éstas son las preguntas implícitas en la respuesta de Kant a la pregunta de *Berlinische Monatsschrift* y que emergen en ella como coordenadas de una actitud del pensamiento absolutamente nueva. Su *éthos* es un trabajo sobre las condiciones de posibilidad de la historia, el cual consiste en tomar parte sin reservas en su dinamismo y en el choque de posiciones que lo mantiene en tensión y en una crítica de la historicidad compartida entre el presente y el pensamiento como problematización permanente de la actualidad de su implicación recíproca ³⁴.

Este replanteamiento de la relación entre pensamiento e historia (un replanteamiento en el que la relación entre origen e historia es invertida y en el que la historicidad en la que el lenguaje, el trabajo y la vida están inmersos desde siempre plantea el problema de un origen interno a una «historicidad ya formada», móvil e indispensable para el pensamiento, al menos en la forma de la historización, en vez de que el origen sea anterior a la serie de sus consecuencias) es para Foucault la clave del siglo XIX y de sus saberes en relación con la edad clásica. Sólo sobre el fondo de algo ya iniciado puede el hombre pensar lo que vale para él como origen.

El hombre, y en particular el hombre objetivado por las ciencias humanas y por el sistema de saberes del siglo XIX, es un hombre extremadamente reciente, pero pensado sobre la base de una historia que ofrece una profundidad a su presente. El hombre vive «en la frescura de su existencia única, reciente y precaria, una vida que se hunde hasta las primeras formaciones orgánicas, compone en frases que nunca se habían dicho (aunque varias generaciones las hayan repetido) unas palabras más viejas que cualquier memoria», escribe Foucault ³⁵.

Esta particularísima condición es el motor de la historización. Por una parte, la experiencia de la simultaneidad no inmediata entre el hombre y el mundo. La existencia del mundo está hecha con la suma de las mediaciones a través de las cuales se ha constituido un sistema de saberes que delimita el campo de experiencia posible del individuo y que no tiene su origen en el sujeto que lo atraviesa. El hombre está desde siempre separado del origen. Sin embargo, el hombre es «la apertura» a partir de la cual «el tiempo puede re-

³³ M. Foucault, *op. cit.*, pp. 1498-1507, 1499.

³⁴ *Ibid.*, p. 1390.

³⁵ M. Foucault, *Les mots et les choses*, París, Gallimard, 1966, cap. IX, 6.

constituirse, la duración puede discurrir y las cosas pueden aparecer en el momento adecuado». Por otra parte, lo que se propone (en particular en el umbral entre los siglos XVIII y XIX) como la «tarea» más propia del pensamiento: impugnar el origen de las cosas, pero «impugnarlo para fundarlo», reencontrando el modo en que se constituye la posibilidad del tiempo, como acontecimiento interno a una historia cuyo origen se aleja hasta volverse imperceptible. Para Foucault, esta tarea implica que se problematice «todo lo que pertenece al tiempo, todo lo que se ha formado en él, todo lo que habita en su elemento móvil». Y que el torbellino de una historización absoluta arrolle incluso a la pensabilidad de un origen sustraído al tiempo ³⁶.

Lo que Michel Foucault llama «el pensamiento moderno» establece de este modo una relación completamente diferente entre las cosas y su origen. Rechaza la legitimidad de las quimeras del siglo XVII (la ficción de un estado de naturaleza como preconditione lógico-genética del Estado, por ejemplo) ³⁷ y estabiliza, en términos decididamente ambiguos, una relación con la idea de una historización integral de las cosas y de sus saberes que se arriesga a superponer de nuevo, realineándolos, la cronología y el tiempo histórico y a resolver en términos evolutivo-naturales la idea general de progreso.

Sin embargo, este riesgo se evita. En parte gracias al conocimiento de la insondabilidad absoluta de lo humano. Una insondabilidad que dilata continuamente el espacio para el retroceso del origen y que priva al sujeto de la posibilidad de una representación completa de su historia. En parte gracias a la cesura historizante asumida con el conocimiento de que el hombre, que nunca es simultáneo a lo que lo hace ser, está dotado en todo caso con el poder de darse a sí mismo su tiempo como tiempo finito, suspendido entre algo pasado y un futuro, entre algo devenido y un devenir. Por tanto, el tiempo y la historia definen dos series asimétricas.

El hombre nunca es simultáneo a sí mismo porque en él se cruzan series temporales heterogéneas. Y sin embargo el hombre es capaz de recuperar su simultaneidad al descubrirse, y saberse, iniciador de procesos que cortan los ciclos del tiempo natural o cósmico con trayectorias lineales y orientadas al futuro. Por una parte, el hecho de una diferencia que es reproducida continuamente: desde que, al acabar la edad clásica, el espejo de la representación se resquebrajó y la soberanía del *cogito* fue destituida, el hombre ya sólo puede pensarse a través de la historia. Un proceso que lo desposee y que hace de él un ser cuasi natural. Por otra parte, el dato de una *finitud* que recoloca en la laguna entre el pasado y el futuro la experiencia de la desagregación necesaria de las secuencias temporales por las que el hombre está constituido y que lo vuelven al mismo tiempo sujeto y objeto de su conocimiento, sujeto y ob-

³⁶ *Ibid.*

³⁷ Cfr. G. Duso (ed.), *El contrato social en la filosofía política moderna*, Valencia, Leserwelt, 2002.

jeto de una inversión en su futuro, garante de la síntesis trascendental que le permite conocer lo finito³⁸.

La finitud del hombre, anunciada en primer lugar «por el desplome de las cosas sobre el hombre», «por el hecho de que el hombre estaba dominado por la vida, por la historia, por el lenguaje», escribe Foucault, es reapropiada progresivamente en un nivel más fundamental. La finitud es la relación insuperable del hombre con el tiempo. Y es en esta relación donde se invierte toda la *epistème* occidental. En la transición entre los siglos XVIII y XIX, la posibilidad del saber ya no es levantada filosóficamente sobre el tema de la representación, sino basada en el nexo entre positividad y finitud, en la referencia del *cogito* a lo no pensado, en el retroceso y el retorno del origen y, sobre todo, en la duplicación de lo empírico en lo trascendental³⁹. La consecuencia es que la asimetría entre los tiempos se mantiene y valoriza. La secuencia del tiempo histórico es realizada en la síntesis que el sujeto produce en la experiencia reapropiando esta última, a través del tiempo, como campo de su acción. La finitud del hombre es rescatada por la posibilidad de aumentar la distancia entre el tiempo de la naturaleza y el tiempo de la historia. Una posibilidad que sólo es posible en la inversión que impone el tema de la actualidad como problema, el de la fundación de los saberes como responsabilidad con el presente, y que introduce al hombre, como sujeto-objeto del conocimiento, en la constelación móvil de un tiempo en tránsito constante más allá de sí mismo.

4. En el centro del interés de Koselleck y de su redefinición de la *Historik* como teoría general de la historia y de sus condiciones de posibilidad hay un sistema similar de conocimientos. Este sistema guía la transición que desplaza la atención de Koselleck desde la historia de los conceptos (*Begriffsgeschichte*) hasta el análisis general de la experiencia de la modernidad. El problema de un «tiempo nuevo» (*Neue Zeit*) no se refiere sólo al problema «clásico» de la periodización o de una teoría de la modernización, sino que coincide con la estabilización de la época en que el torbellino de la temporalización supera toda resistencia y reorganiza el campo de experiencia de los hombres a partir de la irrefrenabilidad del cambio⁴⁰.

Más allá de este umbral de temporalización, el problema siempre será la colocación y la reinterpretación de un presente del que parecen huir las dinámicas. Un presente móvil y envuelto constantemente en una transformación en la que tienden a difuminarse las diferencias y las coordenadas cronotópicas. El presente se vuelve indescifrable (y con él todo paradigma interpretativo, toda «historia» que no asuma un perfil de dinamización interna que le permita reorientarse en dirección a la irrefrenable aceleración impresa a todo

³⁸ Véanse en este sentido ya las *Conclusions* de Foucault en *Naissance de la clinique. Une archéologie du regard médical*, París, PUF, 1963.

³⁹ M. Foucault, *Les mots et les choses*, cap. IX, 6.

⁴⁰ R. Koselleck, *Studien zum Beginn der modernen Welt*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1977, *Vorwort*.

el campo de la experiencia) precisamente porque es percibido como ese umbral de transición en el que el futuro se vuelve pasado y el pasado futuro, y en el que las figuras del tiempo se anulan unas a otras, ya no estando aquí el pasado y no pudiendo estar todavía aquí el futuro ⁴¹.

Dentro de este horizonte móvil faltan los puntos de referencia. «*Man steht etwa auf dem Grund der bewegenden Kräfte*» [«Nos encontramos en el suelo de las fuerzas motrices»], por retomar la expresión de Gustav Schmoller ⁴². Toda la historia se convierte en *Gegenwartsgeschichte* ⁴³, en historia contemporánea en tanto que historia de un presente líquido en el que todo se hace fluido e incluso lo que no pertenece a él debe serle subsumido para tener sentido.

La historia de los conceptos políticos y sociales puede registrar la agitación general de esta transición. En ella, los conceptos (usados como «instrumentos de navegación» por el historiador) ⁴⁴ pueden ser entendidos como factores materiales de organización de la tendencia (es decir, como palabras de un léxico político en transformación cuyo significado es dislocado radicalmente para conceptualizar nuevas formas de experiencia colectiva) y como indicadores internos del proceso de *temporalización, democratización, ideologización y politización* que afecta a la política en la medida en que ésta se va liberando de los esquemas tradicionales de la legitimidad y se convierte en un campo abierto para la confrontación de visiones opuestas del futuro y declinaciones diferentes de la relación entre teoría y praxis ⁴⁵.

Esta perspectiva, que durante mucho tiempo ha representado el centro de organización de la investigación de Koselleck, contribuyendo a identificar el umbral entre 1750 y 1850 como punto de articulación y rearticulación de la experiencia de la modernidad (*Sattelzeit, Schwellenzeit*) ⁴⁶, es marginada progresivamente. El interés de Koselleck se traslada de una teoría de la modernización que sirve de «anticipación teórica» (*theoretischer Vorgriff*) para trazar

⁴¹ R. Koselleck, «Stetigkeit und Wandeln aller Zeitgeschichten. Begriffsgeschichtliche Anmerkungen», ahora en *Zeitschichten. Studien zur Historik*, Fráncfort, 2000, pp. 246-264.

⁴² G. Schmoller, «Die sociale Frage und der preussische Staat», en *Preussische Jahrbücher*, 1874, p. 323.

⁴³ R. Koselleck, «Stetigkeit und Wandeln aller Zeitgeschichten», p. 249.

⁴⁴ R. Koselleck, «Concepts of Historical Time and Social History», en *The Practice of Conceptual History. Timing History, Spacing Concepts*, Stanford University Press, 2002, pp. 115-130, 129.

⁴⁵ R. Koselleck, «Social History and Conceptual History», en *The Practice of Conceptual History*, pp. 20-37; Id., *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Fráncfort, Suhrkamp, 1979. Cfr. K. Palonen, *Die Entzauberung der Begriffe. Das Umschreiben der politischen Begriffe bei Quentin Skinner und Reinhart Koselleck*, Münster, Litt, 2004, pp. 244-255; S. Chignola, «Storia concettuale e filosofia politica. Per una prima approssimazione», en *Filosofia politica*, IV, 1/1990, pp. 5-35.

⁴⁶ Cfr. *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, ed. O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck, Stuttgart, Klett-Cotta, 1972-1987.

retrospectivamente la historia de los diversos conceptos políticos y de su transformación semántica en relación con las nuevas condiciones constitucionales y de la sociedad ⁴⁷ a una teoría general de la historia basada en la pluralidad de las experiencias que contribuyen a la historización del tiempo y a la multidimensionalidad interna de la idea de modernidad.

La primera consecuencia es una re-problematización radical del paradigma de la modernidad. La modernidad no se puede definir simplemente en términos de periodización comparativa como *historia recentior*; como la historia más próxima a un pasado que podemos alejar progresivamente en el mismo plano temporal, sino que hay que interpretarla a partir de la inversión que impone la prioridad del futuro, liberando además a este último de todo vínculo residual con la escatología cristiana. La historia no conduce al cumplimiento del tiempo, sino que se cumple *a través* del tiempo. El tiempo adquiere una connotación dinámica y se convierte en una fuerza immanente de la propia historia ⁴⁸.

De aquí se deriva una segunda consecuencia: la tensión hacia el futuro de que se alimenta el proceso de historización (un futuro que se cumple hasta en el presente que lo anticipa) re-transcribe y reorganiza toda la historia universal. La novedad experimentada como característica constitutiva del presente permite, a partir del ajuste del horizonte de movilidad de la historia del siglo XVIII, preservar cada época histórica en su autonomía. La idea de un movimiento continuo de la historia, obtenida reflexivamente a partir de la experiencia de temporalización y aceleración que caracteriza a la edad de las revoluciones, asigna retrospectivamente las épocas del pasado a su presente respectivo. La historia entera es temporalizada, en el sentido de que el discorrir del tiempo transforma la historia en «una actualidad incesante» ⁴⁹.

Esta actualidad incesante es aquélla en que los grupos (tercera consecuencia) se re-disponen uno al lado del otro o, más a menudo, uno contra otro en tanto que portadores de interpretaciones diferentes de la historia pasada (defendida como depósito de la tradición o impugnada como arsenal del prejuicio), de visiones diferentes del futuro (catástrofe del sentido o redención terrenal del mal), de intereses diferentes arrollados por el proceso anónimo del desarrollo o por el ciclo inevitable de la decadencia. La idea de un futuro abierto —y que se abre en la dilatación forzada en el presente entre «espacio de experiencia» (*Erfahrungsraum*) y «horizonte de expectativa» (*Erwartungs-*

⁴⁷ R. Koselleck, «Über die Theoriebedürftigkeit der Geschichtswissenschaft», en W. Conze (ed.), *Theorie der Geschichtswissenschaft und Praxis des Geschichtsunterrichts*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1972, pp. 10-28. Cfr. S. Chignola, «History of Political Thought and the History of Political Concepts. Koselleck's Proposal and Italian Research», en *History of Political Thought*, vol. XXIII, 2002, n.º 3, pp. 517-541.

⁴⁸ R. Koselleck, «Neuzeit. Zur Semantik moderner Bewegungsbegriffe», en R. Koselleck (ed.), *Studien zum Beginn der modernen Welt*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1977, pp. 300-348.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 326.

horizont) una vez que el proceso de temporalización de la historia ha trastornado y puesto fuera de juego a la idea de repetición, de ciclo, de tradición—⁵⁰ alinea toda la experiencia social de los grupos y las ideologías en la idea de un movimiento irrefrenable del presente histórico más allá de sí mismo. El objeto de conflicto ya sólo es la elección de los tiempos, o de la dirección hacia la que orientar la dinámica que mueve el futuro. El proceso de democratización que acompaña a la ampliación de la esfera pública entre los siglos XVIII y XIX pone progresivamente a disposición de todos los seres humanos los recursos con que pueden considerarse titulares de ese derecho a elegir: lo cual implica que la presión ejercida por la temporalización de la historia se vuelca en todo el campo social, haciendo que el tiempo influya sobre toda la economía del lenguaje político moderno. El tiempo, asumido en su específico colorido histórico como fuerza de movimiento del proceso político y social, se convierte así en la única referencia de legitimación posible (la política como programa para el futuro y entendida como tal por todos los partidos) y estabiliza en el presente el «punto de vista» perspectivico para interpretar, hacia atrás y hacia delante, la tendencia que se intenta comprender y dominar⁵¹.

Por esta razón, toda la experiencia moderna de la historia (la experiencia que está a la base de la fórmula *Zeitgeschichte*, en la que se declina lo que era inconcebible para los antiguos, la apertura de un campo de historización de la contemporaneidad en que el tiempo, *die Zeit*, es asumido como sujeto-objeto de la investigación) se concentra en la actualidad del presente. Es decir, en la producción de un umbral de diferenciación interna al tiempo e inmanente a su poder de transformación. La pregunta kantiana sobre qué es la Ilustración se convierte en Koselleck en la pregunta clave para comprender cómo toda la historia moderna, a partir del proceso de temporalización que la atraviesa, es pensada perspectivicamente sobre la base del cruce de extensiones diferentes de la duración en el punto de fuga de un presente cuya huidiza realidad se intenta fijar cristalizando su multidimensionalidad, sus relaciones de fuerza, sus tendencias evolutivas. Qué es el presente y qué lo mantiene en tensión entre

⁵⁰ R. Koselleck, «Erfahrungsraum und Erwartungshorizont - Zwei historische Kategorien», en U. Engelhardt *et al.* (eds.), *Soziale Bewegung und politische Verfassung*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1976, pp. 13-33 (también en R. Koselleck, *Vergangene Zukunft*, pp. 348-376); Id., «Historia magistra vitae. Über die Auflösung des Topos im Horizont neuzeitlich bewegter Geschichte», en H. Braun y M. Riedel (eds.), *Natur und Geschichte. Karl Löwith zum 70. Geburtstag*, Stuttgart, Kohlhammer, 1967, pp. 196-219 (también en R. Koselleck, *Vergangene Zukunft*, pp. 38-66). He discutido los problemas teóricos implícitos en este último ensayo de Koselleck en S. Chignola, «Concetti e storia (sul concetto di storia)», en S. Chignola y G. Duso (eds.), *Sui concetti politici e giuridici della costituzione dell'Europa*, Milán, Angeli, 2005, pp. 195-223.

⁵¹ R. Koselleck, «Standortbindung und Zeitlichkeit. Ein Beitrag zur historiographischen Erzählung der geschichtlichen Welt», en R. Koselleck, W. J. Mommsen y J. Rüsen (eds.), *Objektivität und Parteilichkeit in der Geschichtswissenschaft*, Múnich, DTV, pp. 17-46 (también en R. Koselleck, *Vergangene Zukunft*, pp. 176-210).

un pasado y un futuro es el problema de una historia temporalizada definitiva e integralmente ⁵².

Definir en términos analíticos el presente no es algo inmediato o simple. El presente siempre es, en términos kantianos, el resultado de una espacialización de la experiencia del tiempo. Por eso, Koselleck distingue al menos tres niveles diferentes de la experiencia posible del presente. Ante todo, el pasado y el futuro también son su propio presente. Y el presente, segundo caso, puede dilatarse indefinidamente hacia el pasado y el futuro si es pensado como el punto en que el pasado traspasa el futuro y el futuro es pensado como lo que está anticipado en un presente amplificado por el pasado. Por eso hay, primer caso, un pasado presente y un futuro presente. En el caso, diferente del primero, en que el presente se expande hacia delante y hacia atrás, hay un presente pasado con su pasado y su futuro pasado. Y hay, tercer caso y consecuencia necesaria del segundo, un presente futuro, con su futuro y su pasado futurizable o futurizado ⁵³.

Mientras que en el primer caso está en cuestión una permanencia, es decir, el hecho de que el presente, el pasado y el futuro pueden ser experimentados y pensados sobre la base de su estabilidad específica, en los casos segundo y tercero, en los que el presente es re-determinado sobre la base de la secuencia temporal que enlaza el futuro con el pasado (idea de la repetición o del ciclo) o el pasado con el futuro (idea del progreso o dialéctica de la revolución), el presente es experimentado, como su elemento móvil, en el interior de una transformación que para ser representada debe referirse a criterios formales que ligen el tiempo con el espacio y que empero sean obtenidos como efecto, derivado históricamente, de una temporalización progresiva de la experiencia. *Duración, cambio y unicidad* (*Dauer, Wechsel, Einmaligkeit*), las tres categorías de la experiencia de la temporalidad que realizan la síntesis de la que dependen la periodización cronológica y la representación historiográfica del tiempo, poseen una matriz común en el presente en que se cruzan y del que arrancan: «*Jede Geschichte ist Zeitgeschichte, und jede Geschichte war, ist und wird sein: Gegenwartsgeschichte*» [«Toda historia es historia contemporánea, y toda historia fue, es y será: historia del presente»] ⁵⁴.

5. El presente de la historia, una vez ligada la cualidad específica de esta última con el proceso de síntesis que las categorías formales del tiempo llevan a cabo en la experiencia, se revela un presente con una connotación política precisa. La cronología puede basarse en el dato de una recurrencia natural, pero la estratigrafía del tiempo histórico —resultado de la interacción multilínea de *duración, cambio y unicidad* y del corrimiento de estas experiencias diferentes de la temporalidad una sobre otra con velocidades que

⁵² R. Koselleck, «Stetigkeit und Wandeln aller Zeitgeschichten», p. 247.

⁵³ *Ibid.*, p. 249.

⁵⁴ *Ibid.*

dependen de la diferente densidad de cada una de ellas (la estabilidad de la duración, la aceleración propia del cambio, la irrepitibilidad del acontecimiento)— se refiere siempre a unidades político-sociales de acción ⁵⁵.

Así pues, una premisa general de la posibilidad de la historiografía es una referencia «objetiva» al tiempo. Y sin embargo para Koselleck, que en este punto sigue el ataque de Herder al formalismo kantiano ⁵⁶, el tiempo histórico existe (de nuevo: en el interior de una experiencia de aceleración en la que se vuelve perceptible la superposición, aun en términos aporéticos y contradictorios, de extensiones diferentes de la duración) como multiverso de elaboraciones «subjetivas» de la relación entre pasado y futuro para responder al problema de un presente en rápida transformación y, precisamente por esto, tendencialmente en fuga. El tiempo histórico es «producido» socialmente dentro de diversas articulaciones de la relación entre experiencia y expectativa, entre acontecimiento y estructura. El anclaje de la historia de los conceptos en la historia social se basa en la idea, muy moderna, del movimiento de la historia hacia un futuro abierto y no asignable al dato de una experiencia reiterable.

Por eso, es central el «punto de vista» del sujeto (ya sea un individuo o un grupo social) enredado en la transición. El tiempo histórico es vivido (y éste es el lado clásico de la *Historik*, su recurso a una noción de *Erfahrung* [«experiencia»] que todavía en Jacob Grimm mantiene el valor semántico que en griego tiene el término *historein*) ⁵⁷ y al mismo tiempo es producido como extensión diacrónica retrospectiva respecto de un contexto de experiencia que registra que está siendo arrastrado hacia un futuro indescifrable. Para Koselleck, el cruce de las diferentes extensiones de la duración (desde los ciclos de la naturaleza hasta su re-transcripción como ciclo de las generaciones, desde la estabilidad de una tradición hasta su destitución en relación con un acontecimiento inasimilable) se produce o como experiencia subjetiva del individuo, como si fuera una constante antropológica, o como expresión de esa «simultaneidad de lo no simultáneo» (*Gleichzeitigkeit des Ungleichzeitigen*) que se cumple como *multiversum* temporal de las vivencias sociales ⁵⁸.

De aquí se desprende, por una parte, una lectura del proceso de modernización que debe diferenciar tiempos plurales, referirse a estructuras heterogéneas y que, por tanto, no puede ser leída en términos lineales. El ingreso en la *Schwelienzeit*, el paso de época entre 1750 y 1850 que representa para Koselleck el «umbral» en que se define el mundo moderno, sucede en forma di-

⁵⁵ R. Koselleck, «Time and History», en *The Practice of Conceptual History*, pp. 100-114, en especial p. 102.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 111.

⁵⁷ R. Koselleck, «Transformation of Experience and Methodological Change. An Historical-Anthropological Essay», en *The Practice of Conceptual History*, pp. 45-83.

⁵⁸ El tema de la simultaneidad de lo no simultáneo le llega a Koselleck desde Ernst Bloch. Cfr. R. Bodei, *Tempo e storia in Ernst Bloch*, Nápoles, Bibliopolis, 1979.

ferenciada para los diversos sectores o campos de experiencia que el historiador decide examinar: no se determina del mismo modo y al mismo tiempo para la ciudad y para el campo, para el derecho administrativo y para el derecho constitucional, para las élites intelectuales y para la masa del pueblo analfabeto, por ejemplo ⁵⁹. Y de aquí también se desprende, por otra parte, la precisa consciencia metodológica de la necesidad de referirse a la historia social, que ancla reflexivamente la *Historik* mediante su fundación teórica general en el sistema de coordenadas de la modernidad.

La *Historik* de Koselleck ocupa este lugar paradójico. Surgida del intento de re-declarar políticamente la hermenéutica de Gadamer y la analítica de la finitud de Heidegger —para Koselleck los tiempos de la historia, que debemos asumir en plural, no se pueden derivar de las modalidades existenciales del ser-ahí (*Dasein*), pues desde el principio están constituidos por las relaciones entre los hombres (*zwischenmenschlich konstituiert*) y, por tanto, tienen que ver necesariamente con la simultaneidad de lo que no es simultáneo, con determinaciones que muestran diferencias cada una de las cuales posee su propia finitud, no reducible a un concepto unificador como el de «existencia»— ⁶⁰, no consigue liberar su planteamiento antropológico del círculo reflexivo que le obliga a deducir sus categorías de la experiencia de aceleración que la historia sufre en el umbral entre los siglos XVIII y XIX.

Las categorías que Koselleck identifica como categorías fundamentales de toda posible historia y, por tanto, como fundamento general de la *Historik* se pueden asumir como tales sólo una vez que se ha producido esa temporalización de la existencia que marca el perfil de época de la modernidad. La polaridad amigo-enemigo como criterio de lo político, que Koselleck encuentra en Carl Schmitt, igual que las polaridades interior-exterior, público-secreto ⁶¹, remite al vaciamiento nihilista de la idea de justicia y a la historia de la soberanía como núcleo propulsor del Estado moderno. La categoría de «generatividad» (*Generativität*), propuesta como integración y rectificación de la *Geworfenheit* heideggeriana para dar cuenta de una experiencia de la finitud que sobrepasa a la individualidad y que más bien se refiere, aplicándola en sentido político-social, a la diferencia entre las generaciones, se convierte en la categoría central en el plano histórico sólo *después* de la fractura que inaugura la modernidad y que separa irrevocablemente el mundo de la tradición del mundo moderno ⁶². La oposición entre amo y esclavo, en la idea (de nuevo muy reciente) decimonónica del poder historiogenético del conflicto social.

⁵⁹ Sobre estos temas, el estudio fundamental de Koselleck es *Preussen zwischen Reform und Revolution (1791-1848)*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1967.

⁶⁰ R. Koselleck, «Historik und Hermeneutik», ahora en *Zeitschichten*, pp. 97-118, 101.

⁶¹ Sobre la aplicación historiográfica plena de la oposición entre público y secreto, cfr. R. Koselleck, *Kritik und Krise. Ein Beitrag zur Pathogenese der bürgerlichen Welt*, Friburgo y Múnich, Alber, 1959.

⁶² R. Koselleck, «Historik und Hermeneutik», p. 107.

Por lo demás, el propio Hegel parece que fundó la dialéctica no en las guerras de esclavos de la Antigüedad, sino en la revolución de los esclavos de Santo Domingo y la irrupción en la historia de los trabajadores negros de las plantaciones inflamados por la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de la Revolución Francesa ⁶³.

Así pues, toda la fundación antropológica de la *Historik* de Koselleck parece marcada por la temporalización de la historia ⁶⁴. Y en particular por esa forma específica de temporalización que se determina como desnaturalización de la experiencia del tiempo y como apertura de horizontes de expectativa, como aceleración drástica e intensificación de la posibilidad del futuro y como necesidad de una representación completa del proceso que intenta superar el presente y denuncia su aleatoriedad y contingencia.

Duración, cambio y unicidad, las tres dimensiones de la temporalidad que sirven de premisa a toda historia posible y cuyas diferentes extensiones se cruzan, se superponen y se separan como experiencias fundamentales del tiempo histórico, son producidas como tales por la cesura fundamental que impone la modernidad como aceleración que trastorna toda referencia posible y que de ninguna manera puede ser reabsorbida. Sólo desde que el presente es un problema, desde que la génesis de la actualidad y su sentido deben ser elaborados porque son consecuencia de una *crisis* que se reproduce sin cesar, sólo desde entonces el tiempo histórico es producido como un prisma que refleja *trends* de larga duración, líneas de cambio y tendencias evolutivas, acontecimientos kantianamente «caracterizadores» capaces de esbozar perfiles de época.

Lorenz von Stein, sobre el que Koselleck ha escrito páginas importantes, rectifica a Hegel exactamente en este punto. El presente a descifrar introduce al pensamiento del científico social en un «*Labyrinth der Bewegung*» [«laberinto de movimiento»] cuyas dinámicas son mantenidas en tensión por la temporalización de la idea de necesidad. Mientras que para Hegel la filosofía, en tanto que aprehensión lógico-científica de la realidad, tiene que excluir por irracional y vacía a toda instancia que pretenda describir el mundo tal como *debería ser*, para Stein la filosofía no puede abstenerse de sondear en el presente el modo en que se forma lo que *necesariamente será* ⁶⁵.

⁶³ S. Buck-Morss, «Hegel and Haiti», en *Critical Inquiry*, 26, 4 (2000), pp. 821-865. Más en general, cfr. C. L. R. James, «The Atlantic Slave Trade and Slavery: Some Interpretations of their Significance in the Deelopment of the United States and the Western World», en *Amistad*, I (1970), ahora en C. L. R. James, *The Future in the Present. Selected Writings*, Londres, Allison & Busby, 1977, pp. 235-268; Y. Benot, *La Révolution française et la fin des colonies*, París, La Découverte, 1987.

⁶⁴ A este respecto, mi tesis no comparte la interpretación de K. Palonen, *Die Entzauberung der Begriffe. Das Umschreiben der politischen Begriffe bei Quentin Skinner und Reinhart Koselleck*, Münster, Litt, 2004, pp. 297 ss.

⁶⁵ L. von Stein, «Blicke auf den Socialismus und Communismus in Deutschland, und ihre Zukunft», en *Deutsche Vierteljahrs Schrift*, 1844, n.º 2, pp. 1-61, ahora en *Schriften zum Sozialismus*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1967, pp. 1-61.

Por una parte un *acontecimiento*: la irrupción constituyente de los principios de igualdad, libertad y fraternidad que se produce con la Revolución Francesa. Por otra parte la necesidad de orientarse en el laberinto de las dinámicas sociales, lo cual exige la retroproyección de una «historia» de largo período como genealogía del presente y como premisa a la puesta en marcha de estrategias de reforma (de *cambio* dinámico de los equilibrios constitucionales) capaces de prevenir posibles catástrofes futuras.

El presente histórico, en el que se contrae el pasado y está contraída la potencialidad del futuro, es el lugar privilegiado para abrir el sistema de las ciencias histórico-sociales (de acuerdo con una jugada que Stein comparte con Tocqueville, otro autor de Koselleck) a la identificación y al análisis de una *tendencia*. Es decir, a la interpretación de un proceso histórico guiado por directrices y tensiones necesarias e inatacables que son legibles gracias a una apertura al futuro que está anticipada, en términos lúcidamente anti-utópicos, en lo que debemos cartografiar como el espacio de inteligibilidad del presente. Para Stein y Tocqueville, una vez disuelta la posibilidad de una reflexión filosófica sobre el fundamento de la relación política, lo que está en cuestión es la interpretación de un presente móvil, expansivo precisamente porque es contradictorio, permanentemente evolutivo, que obliga a las categorías de la ciencia a adecuarse a un objeto dinámico, introyectando en ellas la íntima constitución temporal ⁶⁶.

La democracia es un *proceso* y expresa una realidad que sólo se puede pensar en términos de *fuerza*: dislocada del contexto teórico en el que tradicionalmente expresa una forma de gobierno, aquí significa el puro principio de movimiento con que el individualismo moderno embiste, desquiciándolos, a los ajustes de la constitución estamental y a las formas lógico-conceptuales de la reflexión política ⁶⁷. Estar a la altura del presente significa pensar el pro-

lismus 1848, 185 , 1854, ed. E. Pankoke, Darmstadt, WBG, 1974, p. 4: «*an die Zukunft denken wir, wenn wir von dieser Gegenwart reden*». Sobre la lógica de la prognosis histórica de Stein: R. Koselleck, «Geschichtliche Prognose in Lorenz von Steins Schrift zur preussischen Verfassung», en *Der Staat*, 4 (1985), pp. 469-481.

⁶⁶ Una posición similar, pero más favorable a una distinción entre Stein y Tocqueville, ha sido expresada por E. W. Böckenförde, «Lorenz von Stein als Theoretiker der Bewegung von Staat und Gesellschaft zum Sozialstaat» (1963), ahora en E. W. Böckenförde, *Recht, Staat, Freiheit. Studien zur Rechtsphilosophie, Staatslehre und Verfassungsgeschichte*, Fráncfort, Suhrkamp, 1991, pp. 170-208. Sobre la ciencia social de Stein como *Bewegungslehre* y no como simple (y destemporalizado) análisis estructural: E. R. Huber, «Lorenz von Stein und die Grundlegung der Idee des Sozialstaates», en *Nationalstaat und Verfassungsstaat. Studien zur Geschichte der modernen Staatsidee*, Stuttgart, Kohlhammer, 1965, pp. 127-143.

⁶⁷ Así, muy claramente, Lorenz von Stein, «Demokratie und Aristokratie», en *Die Gegenwart. Eine encyclopädische Darstellung der neuesten Zeitgeschichte für alle Stände*, vol. IX, 1854, pp. 306-344, ahora en *Schriften zum Sozialismus*, p. 76. Cfr. G. Maluschke, «Lorenz von Steins Staatsformenlehre», en R. Schnur (ed.), *Staat und Gesellschaft. Studien über Lorenz von Stein*, Berlín, Dunker & Humblot, 1978, pp. 223-243; S. Chignola, *Fragile cristallo. Per la storia del concetto di società*, Nápoles, Editoriale Scientifica, 2004, en especial

blema de la democracia como proceso efectual. Y rastrear en él los trayectos y los agentes de una libertad que se ha hecho *sujeto* y que, por tanto, no puede cumplirse ni en el presente recapitulativo de un sistema (para Stein: el límite de Hegel) ni en un punto cualquiera de la historia.

Lo que impulsa el trabajo de historización es la experiencia de una *derrota*, el luto por un mundo que desaparece arrollado por dinámicas vertiginosas e incontenibles ⁶⁸. Si el acontecimiento, asumido como lo *extra-ordinario* de una experiencia vivida individualmente como irrepetible, es lo que da origen a la posibilidad de la historia y el descubrimiento de su compartibilidad, la repetición, la matriz de esferas sociales dotadas de memorias comunes, sólo el «punto de vista» del vencido está en condiciones de representarse esa dimensión de la larga duración que pertenece a la historiografía.

Tocqueville es un ejemplo clarísimo de esto. Su «*où allons-nous donc?*» [«¿dónde estamos yendo?»], la consciencia de estar viviendo en un presente inestable, marcado por la *continuidad* de la revolución (una característica que hace de 1789 no un acontecimiento, sino el simple punto de manifestación de una tendencia que precede y supera a ese acontecimiento), es la pregunta de quien, arrollado por los hechos, se vuelve atrás para captar la orientación general de un proceso que sólo puede abarcar una mirada retrospectiva capaz de poner en perspectiva diacrónica la verdad de las cosas.

Acontecimiento y estructura (la revolución y su proceso) son coordinados en el aislamiento de un *fait générateur* (el *trend* irresistible de la igualdad) que no actúa de fundamento, como en la teoría política clásica, sino que presenta unas características que *marcan* una historia con sus puntos de articulación específicos y sus líneas de periodización autónomas. El *mouvement social* de la democracia es un proceso que produce su propio tiempo y su propia historia. Un proceso que no tiene términos de comparación («*car déjà les termes de comparaison nous manquent*», anota Tocqueville) y cuya irresistibilidad no se puede suspender ni epocalizar, pues atraviesa el presente, exponiéndolo a un futuro abierto a lo ignoto. La revolución produce una historia de la que Tocqueville, «*au milieu des ruines qu'elle a faites*», sólo puede contemplar el espectáculo y juzgar, asumiéndola en el período largo, su irresistibilidad ⁶⁹. La distancia reflexiva capaz de orientar la historización sólo se puede obtener de la experiencia de ser arrollado por dinámicas que mantienen en tensión a las estructuras fundamentales de la existencia histórica. Y que asignan el sujeto al presente indescifrable porque es móvil y transitorio.

pp. 60-71; Id., «Costituzione e potere sociale in Lorenz von Stein e Tocqueville», en G. Duso (ed.), *Il potere. Per la storia della filosofia politica moderna*, Roma, Carocci, 2001², pp. 341-361; Id., «Democrazia. Tocqueville e la storia del concetto», en G. Duso (ed.), *Oltre la democrazia. Un itinerario attraverso i classici*, Roma, Carocci, 2004, pp. 209-239.

⁶⁸ R. Koselleck, «Transformation of Experience and Methodological Change», pp. 76 ss.

⁶⁹ A. de Tocqueville, *De la démocratie en Amérique*, 1835, *Préface*. Me he ocupado de estos temas en: S. Chignola, «Tocquevilles Reisen: Amerika und zurück», en *Zeitschrift für Politik*, 2 (2006), pp. 172-187.

Esta experiencia es la de la modernidad. La de una aceleración o *Beschleunigung* tan radical que elimina hasta la posibilidad de basar la *Historik* en una antropología que no sea la del hombre moderno, drásticamente temporalizada.

El «punto de vista» que le devuelve la posibilidad de una historia es el de una finitud resuelta en relaciones de fuerza que tienden constantemente a disolver ese «punto de vista» junto con el sujeto que se constituye en ellas. Por esta razón, la experiencia de la historia sólo puede ser para Koselleck (como él mismo anotó muchas veces) la experiencia de una derrota.